

EL ESTADO CÍNICO

COLIN LEYS

La mendacidad es un sistema en el que vivimos.

El gato sobre el tejado de zinc caliente

Tennessee Williams

Los gobiernos han mentido siempre. Naturalmente lo niegan, aun mucho tiempo después de que resulta abundantemente claro que han mentido, ya sea sembrando señuelos, descartando evidencia inconveniente o alegando que existe contraevidencia que no son libres de exhibir. Cuando una mentira ya no puede ser creíblemente negada se la justifica, usualmente apelando al interés nacional. Los gobiernos de las democracias representativas modernas no son diferentes, aun cuando son más propensos a ser expuestos que los dictadores. Como rutina, dicen medias verdades y abiertas mentiras. Como rutina, ocultan los hechos. Se pierden archivos sin ninguna rendición de cuentas. Hay grabaciones que se borran misteriosamente. Los frenos y contrafrenos democráticos resultan raramente efectivos, y la memoria colectiva del público es corta.

Aun así, en años recientes el cinismo estatal ha sobrepasado todos los límites. El notorio abuso de la inteligencia militar por parte del gobierno británico para persuadir al Parlamento y al público de que aprobaran su ataque contra Irak fue un dramático caso testigo. En julio de 2003, poco después de la finalización oficial de la guerra, un experto en armas del gobierno británico, David Kelly, se suicidó luego de que se conociera que él había sido la fuente para un informe de la BBC que indicaba que el *dossier* en el cual el gobierno presentaba la información de inteligencia había sido “maquillado”^{*} a sabiendas. El gobierno designó un juez de confianza, Lord Hutton,

^{*} N. del T.: En inglés, *sexed up*. En general, este término describe una manipulación concebida para que el contenido de un texto se torne más aceptable para el lector.

para que llevara adelante una investigación pública sobre la muerte de Kelly. La evidencia recogida en la investigación mostró que el equipo del primer ministro había empeñado todos sus esfuerzos en presentar a Saddam Hussein como una amenaza tan grande para Gran Bretaña que justificaría la invasión a Irak. El *dossier* de inteligencia del gobierno fue manipulado para que sonara mucho más alarmante que lo que en realidad certificaba la evidencia producida por los servicios de inteligencia. Dicho *dossier* alegaba que Irak poseía gases nerviosos, esporas de ántrax, toxina de ricino, toxina botulínica, laboratorios móviles, materiales nucleares y cohetes de largo alcance; nada de lo cual era declarado como un hecho por los servicios de inteligencia, y nada de lo cual resultó luego ser verdad. También aducía, varias veces, que Irak poseía armas de destrucción masiva “desplegables dentro de los 45 minutos”. Se sabía que esta afirmación era vaga, ya que provenía de una fuente de segunda mano que no podía ser corroborada, y que se refería sólo a armas de “campo de batalla”; y también se comprobó que era completamente infundada. Sin embargo, más que cualquier otra pieza de información falsa, fue decisiva para asegurar la aquiescencia del Parlamento y del público para el ataque contra Irak.

Durante la investigación conducida por Hutton, el ministro de Defensa, Geoff Hoon, admitió que sabía que el informe se refería sólo a las armas de campo de batalla y no a los misiles del largo alcance, a los que la mayoría de la gente pensaba que se aludía con la expresión “armas de destrucción masiva”. Cuando se le preguntó por qué no había corregido los informes de prensa que abonaban esta presunción, dijo que su experiencia le indicaba que corregir informes de prensa incorrectos no era redituable. Nadie lo cuestionó al respecto, ni lo presionó para que comentara la influencia que estos informes habían tenido en la opinión pública, aunque los registros demostraban que el equipo del primer ministro estaba deliberadamente concentrado en asegurar que los titulares de la prensa fuesen lo más alarmantes posible. La evidencia también mostró que Hoon, Blair y el jefe de prensa de Blair, Alastair Campbell, habían dicho posteriormente nuevas mentiras acerca de la recopilación del *dossier*. Campbell le aseguró a Hutton que no había tenido intervención en el *dossier*. Sin embargo, la evidencia mostró que había tenido una amplia intervención. Hoon le dijo al Comité Parlamentario de Defensa que no había tenido nada que ver con ninguna de estas cuestiones. La evidencia demostró que había estado tan involucrado como cualquier otro. Lo más notorio fue que Blair le dijo a la Cámara de los

En este caso, el “maquillaje” se hizo con el fin de sembrar aún más alarma entre la población. Ver nota 2 al final del artículo.

Comunes que era “total y completamente falso” que existiese inquietud en la comunidad de inteligencia respecto de la reivindicación de los 45 minutos, pero un alto oficial de inteligencia aseguró a la comisión investigadora que él y uno de sus colegas habían presentado un reporte escrito expresando su inquietud¹.

Por supuesto que los comentaristas que apoyaban el ataque contra Irak estaban dispuestos a condonar todo esto. Pero Lord Hutton también lo condonó absolutamente. Los únicos comportamientos que criticó en su informe final fueron el de Andrew Gilligan, el periodista de la BBC que había revelado la noticia, y los del director general y el presidente de la BBC, quienes lo habían respaldado contra los furiosos ataques de la oficina del primer ministro. Todos ellos fueron forzados a renunciar, mientras que Blair y Hoon fueron totalmente absueltos. John Scarlett, el alto oficial de inteligencia que había aceptado “maquillar” el borrador original del *dossier* del servicio de inteligencia a instancias de la oficina del primer ministro, fue promovido como jefe del servicio secreto². E, incluso más, la decisión de Hutton de poner toda la evidencia en Internet, pero condenar luego a los que hicieron sonar la alarma y exonerar a los mentirosos, significaba que los miembros del Parlamento y el electorado estaban siendo invitados a convertirse en cómplices de la mendacidad oficial. Un gobierno “transparente”, parecía decir Hutton, significa simplemente que los miembros del Parlamento y los votantes deben aceptar que se les mienta y que nadie debe ser penalizado por hacerlo.

A medida que la ocupación de Irak se prolongaba, la indiferencia de sus apologistas respecto de los hechos se tornaba más y más insultante para la inteligencia del público. En marzo de 2005, Gary Younge, un comentarista habitualmente moderado, resumió la sensación de repugnancia general: “Hemos entrado a un mundo donde la realidad [...] es apenas un obstáculo menor en un aluvión de optimistas declaraciones oficiales [...] Cada nuevo despacho desde los departamentos de ironía a ambos lados del Atlántico sugiere que la verdad puede ser creada mediante una afirmación”³.

La disimulación, por supuesto, es parte de la guerra, incluso cuando mentirle al propio electorado constituye una negación de la democracia. Pero, en la actualidad, la indiferencia cínica hacia la verdad es apenas menos frecuente en las políticas domésticas. Por ejemplo, en su determinación por “mercantilizar” la atención de la salud, el gobierno laborista se ha mostrado igualmente dispuesto a usar evidencia imperfecta. Un artículo publicado en el autorizado *British Medical Journal (BMJ)* pretendía demostrar que Kaiser Permanente, una Organización de Mantenimiento de la Salud (en adelante,

HMO)* norteamericana, era más eficiente que el Sistema Nacional de Salud (NHS)**. La comunidad de investigadores médicos de todo el mundo denunció de inmediato que el estudio era totalmente defectuoso⁴. Sin embargo, el gobierno adoptó a Kaiser Permanente como modelo a seguir para el NHS, citándola en documentos de políticas e invitando al *staff* de Kaiser a que asesorara al Departamento de Salud⁵.

Otro ejemplo fue la decisión del gobierno de adoptar un programa denominado Evercare, manejado por United Healthcare, otra HMO norteamericana. United Healthcare afirmaba que Evercare reducía en un 50% la tasa de hospitalización de emergencia de ancianos en condición delicada. United Healthcare tenía un conocido antecedente de fraude en la atención de la salud en Estados Unidos de América (EUA), pero su jefe ejecutivo le dio 1,5 millón de dólares a la campaña electoral de Bush-Cheney en 2004, y el secretario de Salud de la administración Bush le recomendó la compañía al secretario de Salud británico. En 2004, Simon Stevens, consejero superior en políticas de salud del gobierno de Blair, renunció para convertirse en el nuevo presidente de United Healthcare en Europa y consiguió un contrato para introducir Evercare en Gran Bretaña. Sin embargo, un estudio sobre nueve programas piloto en el Reino Unido, que costó 3,4 millones de libras esterlinas, mostró que era improbable que Evercare redujera la tasa de hospitalización en más de 1%. Aun así, el “zar” de la atención primaria del gobierno declaró que “no hay nada en esta investigación que nos haga repensar la estrategia”⁶.

Estas historias, que podrían reproducirse para casi cualquier campo de políticas públicas en la Gran Bretaña contemporánea, ilustran el surgimiento de un nuevo régimen de políticas neoliberales que, como nunca antes, está más cínicamente dispuesto a encubrirse bajo una falsa apariencia, que es más indiferente ante la evidencia, más agresivo hacia los críticos, y que, claramente, rinde menos cuentas, al punto de no rendirlas en absoluto. Este régimen de políticas no es especialmente británico. El viejo régimen de políticas “liberal/socialdemócrata” que aquel ha desplazado sí tenía rasgos distintivamente británicos. El nuevo régimen de políticas neoliberales es un asunto más estandarizado. No sólo se extiende sobre el Atlántico, sino que gracias a la globalización neoliberal está siendo gradualmente reproducido, en sus aspectos esenciales, en todo el mundo. Su elemento clave consiste en que ahora las políticas están orientadas fundamentalmente a la competitividad nacional y a responder a las fuerzas de mercado globales. Los roles cruciales no los desempeñan ni los partidos políticos ni los funcionarios, sino el personal

*N. del T.: En inglés, Health Maintenance Organization.

**N. del T.: En inglés, National Health Service (NHS).

trasladado desde el sector privado a la administración pública, un puñado de “asesores especiales” del primer ministro, un pequeño grupo de funcionarios probadamente adeptos al mercado y expertos en encuestas, publicidad y medios de comunicación. Todavía se depende de la evidencia científica, pero sólo en la medida en que esta sirva a las políticas de competencia; de lo contrario, se la trata sin sentido crítico, si ayuda al gobierno, y se la descarta si no lo hace. Cuando se comprende adecuadamente este nuevo régimen de políticas, las mentiras sobre Irak ya no parecen un caso especial, sino apenas una dimensión particular de un caso general. El cinismo, nos damos cuenta, es una condición necesaria de la democracia neoliberal.

EL RÉGIMEN DE POLÍTICAS LIBERAL-SOCIALDEMÓCRATA

En Gran Bretaña, el anterior régimen de políticas liberal-socialdemócrata combinaba elementos de las reformas estatales introducidas por los liberales de finales del siglo XIX con elementos que correspondían al Estado intervencionista del siglo XX. Los liberales crearon un cuerpo de funcionarios superior cuyos miembros eran reclutados, competitivamente, entre los integrantes más inteligentes de la misma clase social, y educados en las mismas escuelas privadas y universidades de elite que los ministros electos a los que servían. La idea era que funcionarios de este calibre y con tales antecedentes estarían en condiciones de ofrecer un asesoramiento honesto y “en cierta medida influenciar” a los ministros electos, formando una suerte de “francmasonería” compartida del servicio público⁷. Dado que se ponía énfasis en el estatus social y político, los funcionarios superiores eran “generalistas”, como casi todos los ministros a los que servían. Para los asuntos que requerían competencias especializadas apelaban al asesoramiento de funcionarios profesionales y técnicos (ingenieros, médicos expertos en salud pública, biólogos, etc.). Para el tratamiento de grandes cuestiones de naturaleza políticamente sensible recomendarían el establecimiento de Comisiones Reales, compuestas por eminentes especialistas con facultades para encomendar investigaciones y exigir evidencia recogida por expertos (entre 1950 y 1980 se designaba, en promedio, casi una comisión por año). Para asuntos menores que de todas formas exigían conocimientos específicos, se podían establecer Investigaciones Departamentales, también con poderes para recurrir a expertos externos.

Con la llegada del Partido Laborista y de una agenda estatal cada vez más intervencionista, otros elementos fueron añadidos a esta mezcla. Los partidos innovadores necesitaban desarrollar políticas desde el llano para presentárselas al cuerpo de funcionarios al momento de ser elegidos. El Partido Laborista tenía un departamento de investigación que producía anteproyectos de nuevas políticas, tal como lo hicieron la Central Sindical Única de los Traba-

jadores Ingleses (TUC)* y los sindicatos más grandes. La Sociedad Fabiana, establecida en 1884 con el objetivo de “penetrar” en los principales partidos gobernantes, se vinculó cada vez más al Partido Laborista y le suministró un flujo sostenido de propuestas de políticas razonablemente bien elaboradas. La Planificación Política y Económica (PEP)**, fundada en 1931, y el Instituto Nacional de Investigación Económica y Social (NIERSR)***, fundado en 1938, fueron productos de la depresión. De diferentes maneras, apuntaban a promover reformas sociales y económicas, generalmente de naturaleza liberal-socialdemócrata, mediante la publicación de serias investigaciones sobre estos asuntos. Desde 1929 en adelante, el Partido Conservador también tuvo un departamento de investigación. Muchos destacados políticos, desde Cripps y Wilson hasta Macmillan y Heath, fueron intelectuales, en muchos casos ex académicos y con frecuencia autores de libros y panfletos sobre temas referidos a políticas. La función pública existía para asesorar a los gobiernos acerca de las iniciativas sobre políticas derivadas de todas estas fuentes, y para transformarlas en planes prácticos y leyes.

Había diferencias y tensiones entre los componentes estatales y no estatales de este régimen de políticas, pero ambos compartían un compromiso general con una noción de objetividad, en el sentido de que las propuestas sobre políticas debían ser juzgadas sobre la base de argumentos racionales y sólida evidencia. Todos se veían a sí mismos como profesionales, pertenecientes a un “dominio” público y al servicio del interés público.

La quintaesencia del dominio público [...] era, en quintaesencia, el dominio de [...] los profesionales. El orgullo profesional, la competencia profesional, la obligación profesional, la autoridad profesional y, en no menor medida, los caminos de una carrera profesional predecible eran [la] esencia. Los profesionales eran los principales partidarios de su crecimiento; ellos administraban la mayoría de sus instituciones, y vigilaban la frontera entre este y los dominios adyacentes del sector privado y del mercado. Sobre todo, los valores del dominio público eran sus valores⁸.

La tensión central en el régimen de políticas liberal-socialdemócrata en los años cincuenta y sesenta se debía al hecho de que la función pública superior, y especialmente su elite en el Tesoro que ejercía un considerable control sobre las políticas de los otros departamentos, tendía a ser más liberal que so-

* N. del T.: En inglés, Trade Union Congress, fundada en 1868. En 1906 dio origen al Partido Laborista.

** N. del T.: En inglés, Political and Economic Planning.

*** N. del T.: En inglés, National Institute of Economic and Social Research.

cialdemócrata. Además, la “francmasonería” entre la función pública superior y los ministros, postulada por las reformas de Gladstone, comenzó a mostrar fisuras una vez que los parlamentarios laboristas llegaron a ser ministros, con ideas y metas que reflejaban las raíces del partido en el movimiento obrero y sin haber sido educados predominantemente en las principales escuelas privadas o en Oxford o Cambridge.

Thomas Balogh, un asesor en economía del primer ministro laborista Harold Wilson en los años sesenta, expresó una creciente impaciencia respecto de la educación típicamente basada en las humanidades y las actitudes sociales pre-industriales de la función pública superior, denunciando esto como “la apoteosis del diletante”⁹. En 1966, Wilson creó un Departamento de Asuntos Económicos para contrarrestar lo que era visto como un sesgo del Tesoro a favor de la prudencia financiera por sobre el crecimiento económico. Un Comité Departamental del Tesoro presidido por Lord Fulton (un rector universitario) recomendó la reorganización de la función pública superior siguiendo líneas tecnocráticas. Se estableció un Colegio de la Función Pública para emular la Escuela Nacional de Administración francesa, y un Departamento de la Función Pública se hizo cargo de la administración de reclutamiento, entrenamiento y promoción del Tesoro.

En gran medida, fue la misma función pública superior la que neutralizó casi todas estas iniciativas. El Departamento de Asuntos Económicos se cerró en 1969, al cabo de tan sólo tres años. El Departamento de la Función Pública duró más, pero fue clausurado por Thatcher en 1981. El Colegio de la Función Pública subsiste, pero sólo como proveedor de cursos cortos y sin prestigio alguno. La única innovación significativa de los años de Wilson, que no sólo sobrevivió sino que prosperó, fue el creciente uso de “asesores especiales”, traídos de afuera para alentar a los ministros frente a lo que era percibido como una función pública de excesiva cautela y conservadurismo. El Reporte Fulton también había hecho esta recomendación, junto con la de impulsar una “mayor movilidad entre [la función pública] y otros empleos”, incluyendo “designaciones temporarias por períodos fijos, breves intercambios de personal y un movimiento más libre fuera de la función pública”, al tiempo que promovía la idea de “privatizar” actividades a favor de organizaciones no-departamentales. Todo esto prefiguró la erosión de las fronteras entre los dominios público y privado que tendría lugar bajo el régimen de políticas neoliberal desde los años ochenta en adelante.

Retrospectivamente es fácil advertir que no se trataba de un mero problema de cambio en las relaciones de clase, o de una puja de generalistas vs. tecnócratas; la tensión fundamental dentro del viejo régimen de políticas era la contradicción de la socialdemocracia misma. El problema real residía en que, hacia finales de la década del sesenta, los sindicatos británicos no

querían ver cómo los problemas del capitalismo británico se resolvían a sus expensas, mientras que los capitalistas no estaban dispuestos a colaborar en ninguna estrategia económica liderada por el Estado en la medida en que los sindicatos siguieran siendo poderosos. Muy a su pesar, hasta el primer ministro conservador Edward Heath descubrió el problema al asumir sus funciones en 1970. En 1973, durante una reunión del Instituto de Directores*, afirmó:

Cuando llegamos nos dijeron que no había suficientes incentivos para invertir, así que suministramos los incentivos. Después nos dijeron que la gente temía que las dificultades en la balanza de pagos provocaran altibajos en la actividad económica. Entonces, hicimos flotar la libra esterlina. Luego nos hablaron sobre los temores de inflación; y ahora estamos ocupándonos de eso. ¡Y aun así ustedes no están invirtiendo lo suficiente!¹⁰.

La crisis llegó a su punto culminante en el invierno de 1973-1974. Con los mineros del carbón trabajando “a reglamento” y con una semana laboral reducida a tres días en todo el país para conservar combustible, el jefe de la función pública, William Armstrong, tuvo una crisis nerviosa. El régimen de políticas liberal-socialdemócrata había colapsado.

Desde ese momento —señaló Peter Gowan en un artículo seminal— una corriente dentro del Partido Conservador [estuvo] trabajando para eliminar [el modelo de función pública gladstoniano] removiendo al movimiento obrero como una fuerza importante en la escena política, americanizando el sistema de partidos y la burocracia estatal, y poniendo fin al mandarinato¹¹.

El Partido Laborista volvió al gobierno en 1974, pero la administración de la crisis se convirtió en la agenda predominante. Las iniciativas de políticas domésticas, cualquiera fuese su origen, se volvieron irrelevantes a no ser que ayudasen a cumplir con las condiciones adosadas al préstamo del Fondo Monetario Internacional (FMI) que los mandarines del Tesoro y los líderes del laborismo decidieron que debían aceptar, en vez de adherirse a la alternativa socialista por la que abogaba el ala izquierda del Partido Laborista. Las condiciones del FMI implicaban reemplazar el keynesianismo por el monetarismo, abriendo la puerta al thatcherismo y a la construcción de un nuevo régimen de políticas neoliberal.

* N. del T.: En inglés, Institute of Directors. Organización creada en 1903, cuyos miembros son directores o altos ejecutivos de empresas.

LA TRANSICIÓN HACIA EL RÉGIMEN DE POLÍTICAS NEOLIBERAL

El punto de partida para comprender el nuevo régimen de políticas está dado por el predominio del capital que resultó —tal como fue pensado— de la eliminación de los controles sobre los movimientos de capital transfronterizos promovida por Thatcher y Reagan desde principios de los años ochenta. Esto permitió que los mercados financieros y las corporaciones transnacionales establecieran límites cada vez más rígidos sobre las políticas que los gobiernos nacionales podían adoptar¹². Tales límites se evidenciaban en la “prima de riesgo” político que los mercados establecían sobre cualquier gobierno que —ya sea en materia tributaria, de gasto gubernamental, regulación laboral, protección ambiental, etc.— pareciera propenso a adoptar políticas capaces de reducir la rentabilidad del capital, en comparación con los gobiernos de otros lugares. En Gran Bretaña, antes de los comicios de 1992, la prima de riesgo para un posible gobierno laborista era del 2%. Para reducirla a un 0,5% (lo que se logró antes de las elecciones de 1997), el nuevo liderazgo laborista desechó virtualmente todos los compromisos partidarios “hostiles al mercado”, borró la Cláusula Cuatro (que todavía hablaba de la propiedad pública) de la constitución del partido, y adoptó un nuevo conjunto de políticas que la *City* londinense reclamaba (corazón del sector financiero del país). Dichas medidas incluían traspasar al independiente Banco de Inglaterra la tarea de fijar las tasas de interés, y adoptar la política propia de los Conservadores por la cual las nuevas obras públicas deben ser financiadas por, y propiedad de, el sector privado.

El poder político y social del capital también había sido enormemente acrecentado por los conservadores entre 1979 y 1997, y Blair no mostró ninguna inclinación a desafiarlo. Los principales ejecutivos de las grandes empresas siguieron teniendo fácil acceso a los ministros e incluso al primer ministro, y obtuvieron una respetuosa atención. Esto les permitió sobrepasar, una por una, las barreras concebidas para proteger el interés público en varias áreas: legislación sobre planificación urbana, alimentos genéticamente modificados, propiedad sobre los genes, agenda de investigación científica de las universidades, etc. Los sindicatos, por su parte, habían sido forzados a aceptar un régimen de relaciones laborales que Tony Blair —quien lo conservó casi por completo— se complacía en calificar como “el mercado laboral más levemente regulado de todas las economías líderes del mundo”.

El poder del capital, en incesante aumento, también hizo que la iniciativa privada apareciese como el orden natural de las cosas. No sólo se habían revertido las nacionalizaciones laboristas de posguerra —desde la electricidad y el gas hasta el transporte público—, sino que ahora el sector privado tenía la

propiedad y el manejo de muchos servicios que siempre habían sido públicos, tales como las prisiones y los aeropuertos. Al mismo tiempo, los eventos culturales y deportivos (e incluso las fuerzas policiales) dependían cada vez más de patrocinadores corporativos, hasta el punto de que cada dimensión de la vida cotidiana quedaba marcada con sus logotipos.

Los estrategas del “nuevo” laborismo, los así llamados “modernizadores”, veían todo esto como “la nueva realidad”. Su idea era ganar y conservar el poder, no sólo aceptando totalmente la nueva realidad, sino haciéndolo con tanto entusiasmo que, en este terreno, ya no quedaría espacio para el Partido Conservador, el cual se tornaría tan “inelegible” como lo había sido el laborismo entre 1979 y 1994. Esta estrategia implicaba aislar al líder laborista de las presiones de los sindicatos y los miembros del partido. Por lo tanto, se rescribió la constitución del partido y la conferencia partidaria anual fue mutilada como foro para diseñar (o incluso debatir) políticas. Por supuesto, los modernizadores concibieron una “tercera vía”, en base a la cual promoverían cualquier política que consideraran progresista en términos de lo que la nueva realidad permitía; pero no tenían confianza en que dichas políticas contaran con la aprobación de las bases y filas del partido y no estaban dispuestos a tener ninguna discusión pública al respecto¹³. Lógicamente, también la capacidad del partido para la investigación de políticas se vio deteriorada y eventualmente fue abolida. Blair declaró que el partido era ahora un “partido de negocios”, y sobre esta base podía requerirle al mundo de los negocios que pagara cualquier investigación sobre políticas que la conducción partidaria quisiera ver realizadas.

Sin embargo, obviamente, la necesidad de políticas aún existía, sólo que dentro de límites mucho más estrechos. Con la restauración de la libertad del capital cambiaron las reglas para la formulación de políticas. Todavía se diseñan las principales políticas económicas, pero de conformidad con la agenda general establecida por las corporaciones transnacionales y las agencias internacionales y regionales que están bajo su dominio. Estas políticas de *mercado global* implican adaptar la economía y las instituciones socioeconómicas británicas (las políticas fiscales, el apoyo a la industria, la educación, la capacitación, la salud y la seguridad, la regulación del mercado laboral, etc.) para competir exitosamente en el mercado mundial. Puesto que estas políticas son a menudo electoralmente inconvenientes, se las formula, en la medida de lo posible, lejos de la vista del público —dentro de Whitehall* o en la Comisión Europea de la Organización Mundial del Comercio (OMC)—, por lo cual,

* N. del T.: Whitehall es la calle de Londres donde se hallan emplazadas las sedes de los ministerios y demás organismos de la rama ejecutiva del gobierno británico. Por extensión, Whitehall alude al poder ejecutivo del Reino Unido.

una vez terminadas, parecen ser efectos impersonales e inevitables del mercado. El “control del Tesoro”—antiguo principio según el cual todas las políticas departamentales que involucran gastos deben ser previamente aprobadas por el Tesoro— ha adquirido una nueva significación. Ahora, los principales gastos también deben estar al servicio de la predominante estrategia competitiva del gobierno.

Todo esto significó que, con el cambio de siglo, los gobiernos mostraran opciones relevantes sólo en el ámbito de las políticas de *ajuste sociocultural*. Los impuestos personales, el alcance y la calidad de los servicios públicos, el delito y la “seguridad”, la inmigración y la “política de la identidad” son los principales ámbitos para los cuales se formulan dichas políticas. Aquí existe un rango de opciones más amplio, pero dentro de límites que, en general, son los mismos para todos los partidos. Y para buena parte de este tipo de formulación de políticas se considera que los encuestadores, los expertos en *marketing* y los *spin-doctors**, tanto como los funcionarios (por no mencionar a los investigadores), tienen la habilidad requerida para manejar la opinión pública y ajustar el electorado a las necesarias consecuencias del diseño de políticas del mercado global. Por supuesto, ambos tipos de políticas son interdependientes y dan origen a dilemas políticamente incómodos. Para mantener bajos los salarios se necesita de los inmigrantes, pero en lo que respecta a cualquier problema social, los inmigrantes son el chivo expiatorio favorito de la prensa de derecha; los servicios sociales son populares, pero el sistema impositivo regresivo sobre el que insisten los mercados significa que pagar por dichos servicios es políticamente impopular, y así sucesivamente. Entonces, ¿cuál es la naturaleza del nuevo régimen de políticas neoliberal que estas condiciones suponen?

EL RÉGIMEN DE POLÍTICAS NEOLIBERAL

En primer lugar, la función pública ha sido radicalmente reorganizada según criterios empresariales, siguiendo las doctrinas del “nuevo gerenciamiento público”. Desde los departamentos gubernamentales se transfirieron hacia las “agencias ejecutivas” tantas actividades como ha sido posible, dejando en la cima una reducida función pública superior vinculada a las políticas. Los debilitados departamentos han sido además achicados para lograr “ahorros eficientes”, y se les ha exigido “tercerizar” cada vez más sus funciones de rutina a favor de las compañías privadas, comenzando por la limpieza y continuando con las tecnologías de la información, la contabilidad, la admi-

* N. del T.: *Spin-doctor*, persona que publicita interpretaciones favorables a palabras y acciones de una figura pública. En la mayoría de los casos, se hace referencia al propagandista político.

nistración de inmuebles, el personal, y así sucesivamente. El gobierno vende sus edificios a las compañías privadas y los alquila nuevamente con opción a compra. A veces, algunos servicios públicos en particular, como cárceles o escuelas, o incluso toda una estructura educativa local, son directamente tercerizados para que sean manejados por compañías privadas.

Pero el rol de los funcionarios que permanecen en la cima también ha cambiado. Los ministros de Thatcher dejaron en claro que los consejos desapasionados y los argumentos cuidadosos ya no tenían cabida. Cuando Thatcher asumió su cargo y comenzó a mostrar un interés sin precedentes (para un primer ministro) en las promociones de la función pública superior, la cualidad que buscó fue la capacidad de implementar vigorosamente sus ideas. Muy pronto entabló una discusión sobre las relaciones laborales —acerca de las que tenía fuertes opiniones pero estaba pobremente informada— con Donald Derx, un competente y dedicado funcionario. Thatcher insistió e insistió hasta que Derx finalmente le dijo: “Primera ministra, ¿usted realmente quiere conocer los hechos?”, y rápidamente puso fin a sus perspectivas de ascenso¹⁴. Tal como señala David Marquand:

Ya no se esperaba que los funcionarios le dijeran la verdad al poder [...] Según una frase acuñada por Lord Bancroft, jefe de la función pública cuando Thatcher llegó al poder, “la cuenta del servilismo” subió rápidamente. Quienes no podían arrastrarse languidecían o se iban. Inevitablemente, los que se arrastraban internalizaban los axiomas cruciales de la nueva ideología y del nuevo arte de gobernar¹⁵.

El nuevo laborismo no se mostró inclinado a cambiar nada de esto. También quería que los funcionarios se parecieran, tanto como fuese posible, a los hombres de negocios. Los ministros de Thatcher les dijeron que no querían “lloriqueos, ni análisis, ni integridad, que debían hacer lo que se les ordenara, y que ellos [los ministros] tenían muchos amigos en el sector privado que podían hacer el trabajo en sólo una mañana con una mano atada a la espalda”¹⁶. Veinticinco años más tarde, Blair les decía exactamente lo mismo:

El rigor en el desempeño debe ser el centro de una función pública más pequeña y más eficiente [...] Una cultura de toma de decisiones mediante comités, aun cuando asegura que todos los puntos de vista sean considerados, conduce a demoras innecesarias y a un aumento en los costos¹⁷.

En 2005, el jefe de la función pública, Sir Andrew Turnbull, “en sintonía con el mensaje”, dijo durante una conferencia que “la función pública superior había sido forzada a reconcentrar sus esfuerzos, pasando de la formulación

de políticas y la administración a un rol activo en el logro de objetivos y la prestación de servicios clave. ‘Este trabajo es ahora mucho más parecido al de un ejecutivo que en el pasado’, admitió¹⁸.

Pero si los funcionarios superiores ya no se ocupan primordialmente de la formulación de políticas, ¿quién lo hace? Las Comisiones Reales definitivamente no. Para los políticos de “convicción”, “asegurar que todos los puntos de vista sean considerados” constituye un desvío sin sentido respecto del lugar hacia donde —según sus convicciones— debe dirigirse el país, y ni Thatcher ni Major designaron ninguna Comisión Real. En sus dos primeros años de gobierno, Blair designó dos, pero rechazó las recomendaciones de ambas y nunca más volvió a designar otra¹⁹. Incluso las investigaciones departamentales, cuyos términos y procedimientos pueden ser controlados más de cerca por los ministros, se han vuelto relativamente raras²⁰. Y las políticas que emanan de los miembros del partido y que se desarrollan a través de debates y compromisos internos son, definitivamente, cosas del pasado.

En esta situación, los *think tanks* constituyen una fuente alternativa obvia para la formulación de políticas; y también es cierto que los propios *think tanks* consideran que están desempeñando un rol crucial en esta materia. Pero los *think tanks* británicos no son la clase de usina intelectual que resulta familiar en EUA, donde disponen de un enérgico financiamiento de fundaciones privadas²¹. La mayoría de los *think tanks* británicos sólo cuentan con un puñado de personas y con presupuestos de unos pocos cientos de miles de libras esterlinas. Además, la competencia por el financiamiento —predominantemente corporativo— tiende a hacer que en su mayoría estén más ávidos de obtener cobertura mediática que de ganar reputación por sus serias investigaciones. Andrew Denham y Mark Garnett señalan que Demos, “el *think tank* con las más flojas vestimentas ideológicas” y con cierto gusto por un “radicalismo improvisado” (llamó la atención por primera vez con un panfleto en el que atacaba los poderes de la Reina), fue el que más sedujo al gobierno del nuevo laborismo; y su director fundador, Geoff Mulgan, llegó a convertirse en jefe de la Unidad de Estrategias de Gabinete* de Tony Blair en 2003²². Incluso el Instituto de Investigaciones de Políticas Públicas (IPPR)**, intelectualmente más convencional y cuyo director, Matthew Taylor, asumió como titular de Planificación de Políticas en el Directorio de Políticas del primer ministro en 2003, parece un peso liviano en comparación con los *think tanks* que se fundaron en respuesta a la depresión de los años treinta. Aquellos primeros *think tanks* estaban “al menos [...] motivados por la expectativa de que sus hallazgos serían educativos, ya sea para los diseña-

* N. del T.: En inglés, Cabinet Office Strategy Unit.

** N. del T.: En inglés, Institute for Public Policy Research.

dores de políticas o para el público. Aun desde una mirada caritativa, este deseo [ahora] ya no existe”²³.

La afirmación característica de cada nuevo *think tank* es que se necesitan “nuevas ideas”, lo cual es cierto, ya que muchas de las ideas más importantes han sido eliminadas por considerárselas inaceptables para el mercado, o políticamente riesgosas. El problema es que, en el estrecho margen que ha quedado, puede haber muy pocas ideas útiles y novedosas. En 2002, Catherine Bennett resumió perfectamente el problema:

Si es que todavía no existe alguna clase de venta de garaje donde los pensamientos rechazados o casi nuevos puedan comprarse, reciclarse o intercambiarse por otras políticas no deseadas, entonces este es el momento propicio para que los pensadores la pongan en marcha. Algo debe hacerse frente a los nuevos *tanks* que se establecen casi a diario, generando miles de pensamientos y documentos, debates y manifiestos alternativos, cada uno de los cuales debe ser impreso y difundido antes de que pueda ser archivado. Los expertos en disposición de residuos estiman que sólo para deshacerse de la montaña de papeles del IPPR hace falta un basural del tamaño de Croydon*. En la Unidad de Desempeño e Innovación** del gobierno se dice que el cráter dedicado a John Birt es visible desde el espacio exterior²⁴.

La habitual sobrestimación de la influencia de los *think tanks* se debe, en gran medida, al hecho de que en las instancias previas al ascenso de Thatcher al poder en 1979 los *think tanks* de derecha representaron una importante fuente de políticas neo conservadoras. Desde 1955 en adelante, el Instituto de Asuntos Económicos (IEA)*** ha servido de base decisiva para los “intelectuales orgánicos” del capitalismo, sosteniendo y actualizando la línea de pensamiento burgués que rechazó el compromiso de posguerra con la socialdemocracia. En su libro *Thinking the Unthinkable*, Richard Cockett demostró que cuando el compromiso de posguerra llegó a su fin a causa de sus propias contradicciones, permitiendo que Thatcher capturara el liderazgo del Partido Conservador en 1975 y ganara el poder en 1979, sus principales lugartenientes recurrieron abundantemente, en primer instancia, a los trabajos del IEA, tanto como a las producciones del nuevo Centro de Estudios de Políticas****, fundado en 1974, y al Instituto Adam Smith, fundado en

* N. del T.: Municipio ubicado al sur de Londres.

** N. del T.: En inglés, Performance and Innovation Unit.

*** N. del T.: En inglés, Institute of Economic Affairs.

**** N. del T.: En inglés, Centre for Policy Studies.

1977²⁵. La visible influencia de estos tres *think tanks* en aquellos años fue lo que impulsó a la conducción del laborismo a crear el IPPR en 1988, mientras estaba en la oposición. Bajo el mismo impulso, los Demócratas Liberales (también en la oposición) crearon la Fundación del Mercado Social* en 1989, y los “modernizadores” del nuevo laborismo, en vísperas de alzarse con el liderazgo del partido, fundaron Demos en 1993. Todo esto, a su vez, promovió la formación de un conjunto de imitadores, de izquierda y derecha, que proliferó velozmente; y todos se esforzaron por ganar un lugar en los cenáculos del poder. Para citar otra vez a Bennett:

Una vez que se suma la producción de todos los demás *think tanks* —el Centro de Estudios de Políticas, Demos, Civitas, Localis, Policy Exchange, Reform, el Instituto Adam Smith, NLGN**, Politeia, el Centro de Política Exterior, la Unidad de Asuntos Sociales, Catalyst, la Sociedad Fabiana, la Fundación del Mercado Social, el picante y nuevo Do Tank, y otros tantos que sería difícil enumerarlos—, uno se ve obligado a pensar lo impensable: ¿quién los necesita?²⁶.

En efecto, ¿quién los necesita? Porque ya no puede repetirse el papel que desempeñaron los *think tanks* de la nueva derecha antes de la elección de Thatcher en 1979. Una vez lograda la globalización neoliberal, el espacio para una radical formulación de políticas quedó drásticamente acotado. Los *think tanks* no están muy al tanto de la información esencial acerca de las fuerzas de mercado globales que intervienen en la formulación de las políticas económicas y, además, necesitan maximizar su exposición pública para mantener el ingreso de financiamiento. En consecuencia, no pueden contribuir significativamente a la elaboración de políticas económicas, y mucho menos para un partido gobernante. Ese trabajo debe ser realizado por auténticos expertos. Los *think tanks* tampoco son aptos para ayudar a concretar los actuales ajustes en las políticas sociales y culturales que los cambiantes mercados globales requieren. Los encuestadores y los expertos en *marketing* son la clave del éxito en este terreno.

De vez en cuando, y ganándose usualmente las burlas de todo el mundo, el gobierno juguetea con algún producto salido obviamente del cerebro de un *think tank*, como las “ceremonias de ciudadanía” para los jóvenes de 18 años. El “bono para bebés” —un proyecto favorito del IPPR que consistía en abrir una cuenta por cada recién nacido en la cual el gobierno haría un depósito para que todos ellos tuvieran algún dinero al cumplir 21 años—

* N. del T.: En inglés, Social Market Foundation.

** N. del T.: Sigla de New Local Government Network.

estuvo contemplado en el presupuesto preelectoral de 2005, pero no tuvo gran efecto, al menos en términos electorales. A pesar de sus pretensiones en contrario, es difícil conceder a los *think tanks* el crédito de ser la fuente de alguna importante iniciativa política del nuevo laborismo²⁷. Pero los ministros y líderes de la oposición sí usan a los *think tanks* que les son afines como cajas de resonancia, dando charlas y escribiendo panfletos bajo sus auspicios. Esto sugiere que los *think tanks* pueden hacer más para lograr que las políticas conducidas por el mercado sean más digeribles para el electorado que para transformar los sentimientos del público en políticas practicables.

Los *think tanks* sí sirven como útiles reservorios de ambición y talento político. Al asumir sus funciones en 1997, el gobierno laborista duplicó el número de “asesores especiales” de los ministros, de 38 a 72, y muchos de ellos llegaron desde los *think tanks* apiñados alrededor de Westminster*. Son pocos los que ingresan con relevantes conocimientos especializados o tienen algún peso intelectual al interior del gobierno. Pero en su gran mayoría poseen energía y disposición para ayudar a encontrar soluciones a cualquier problema que su ministro deba enfrentar. Las cualidades clave son la lealtad y la prontitud para poner manos a la obra en cualquier tarea que sea necesaria. Peter Hyman, un ex asesor especial de Tony Blair, asegura que pocos asesores especiales tienen ideas propias, que pueden ser diferentes a las de sus ministros. Pero intenta tranquilizarnos agregando que la “gran mayoría sabe que está allí para servir al ministro que los emplea”²⁸. Denham y Garnett están de acuerdo, aunque ponen el énfasis en otro lugar: “En el peor de los casos —dicen— la presente ola de *apparatchicks* parece actuar como consuelo para los ministros que han desechado su antiguo idealismo”²⁹.

Esto deja dos importantes fuentes de políticas que son bien conocidas, aunque virtualmente no han sido investigadas. Una de ellas son los asesores “superiores” del primer ministro. Thatcher designó como sus asesores especiales personales a algunos prominentes hombres de negocios, como Sir Derek Rayner, gerente de una importante tienda por departamentos, y Sir Roy Griffiths, destacado gerente de supermercados, a quienes abiertamente les concedió más influencia sobre las políticas que a funcionarios permanentes. Blair continuó por esta senda y, bajo su sistema de gobierno personalizado y altamente centralizado, el rol de sus asesores superiores en políticas es muy considerable (a veces con desastrosos resultados, ya que su elección de colaboradores ha sido algunas veces lamentable). Esto fue notoriamente cierto respecto de Andrew Adonis, su asesor superior en políticas educativas, ascendido a la condición de par como Lord Adonis después de la elección

* N. del T.: Distrito de Londres donde está ubicado el edificio del Parlamento británico. Por extensión, alude al Parlamento.

de 2005 y puesto a cargo de las políticas escolares en Londres. Adonis fue una de las figuras más ampliamente menospreciadas de la corte de Blair, y se le atribuyó el haber adoptado una serie de políticas educativas desastrosas gracias a su acceso preferencial al primer ministro. El Departamento de Educación recibiría el mensaje de que “la oficina de Tony” estaba muy interesada en las “escuelas especializadas” o en las “academias de la ciudad”, políticas que eran producto de la mente de Adonis, un periodista que alguna vez había escrito un libro sobre las clases sociales en las escuelas y era partidario de las escuelas privadas. Ted Wragg, una muy respetada autoridad en educación y autor de guiones humorísticos, creó un personaje de ficción llamado “Tony Zoffis”*, cuyos ignorantes prejuicios debieron tragarse varios de los sucesivos ministros de Educación³⁰.

Un ejemplo adicional, en el otro gran campo de las políticas sociales, la atención de la salud, es el ya mencionado Simon Stevens. Antes de ser designado como asesor superior en políticas de salud, había sido un administrador hospitalario de nivel medio. Creía firmemente en la necesidad de reemplazar el Sistema Nacional de Salud por un mercado abierto a los prestadores privados; y esto es lo que ocurrió, a pesar de que esta política no fue nunca abiertamente reconocida —y menos aun puesta ante el electorado en ninguno de los manifiestos del laborismo—, y a pesar de sus desastrosas implicancias a largo plazo.

La otra fuente de políticas significativa —y quizás el cambio más importante en el funcionamiento del Estado bajo el régimen de políticas neoliberal— consiste en emplear personal superior del sector privado, asignándolo temporalmente en puestos clave de la función pública. Por ejemplo, en 2004, el jefe de estrategias del Departamento de Salud fue transferido desde la consultoría gerencial PriceWaterhouseCoopers, una prominente partidaria de la privatización de los servicios públicos, especialmente en el área de la atención de la salud. En algunos departamentos, la circulación de personal entre la función pública y el sector privado se ha convertido en lugar común. También se ha reducido progresivamente el plazo requerido para que los funcionarios puedan ocupar puestos lucrativos en el sector privado, donde pueden poner al servicio de las empresas sus calificados conocimientos sobre el gobierno. La así llamada “puerta giratoria” entre el Estado y el sector privado ha sido conocida desde hace tiempo en el área de Defensa, que re-

* N. del T.: Se trata de un juego de palabras. “Tony Zoffis” es una deformación de la expresión “Tony’s office” (la oficina de Tony). De este modo, Wragg se mofaba del hecho de que Lord Adonis invocara su cercanía al primer ministro para implementar sus propias políticas educativas.

presenta una enorme porción del gasto público³¹. Ahora se ha generalizado a través de toda la función pública superior³².

Hasta ahora, los críticos han centrado su atención principalmente en los conflictos de intereses que todo esto implica, especialmente en torno de hasta qué punto la perspectiva de un lucrativo empleo privado puede influir en el juicio de los funcionarios superiores, quienes debieran estar guiados solamente por el interés público. Este es, por cierto, un asunto serio³³. Pero, en la actualidad, el rol que desempeña el personal del sector privado asignado en roles de formulación de políticas dentro del gobierno tiene un alcance mucho mayor. Ante la exigencia de parecerse a los hombres de negocios, y de promover políticas favorables a las empresas, resulta comprensible que los funcionarios superiores recurran al mundo de los negocios en busca de ayuda. Lo que allí consiguen, aunque en rigor no se trate de grandes conocimientos especializados, siempre involucra la importación de la cosmovisión general que se inculca en las escuelas de gestión empresarial norteamericanas y se disemina a través de los equipos de gerenciamiento global y los mercados financieros. Y el colapso de la idea de un dominio público diferenciado trae aparejada la desaparición de cualquier concepto claro sobre el interés público como algo distinto de, y más profundo que, el interés colectivo de las corporaciones que dominan la economía. En efecto, la agenda corporativa está instalada en el Estado; o, para decirlo de otro modo, la propia formulación de políticas públicas está “tercerizada”.

LA ACTITUD EMPRENDEDORA Y EL USO DE LA EVIDENCIA

Atravesando la historia de la formación del régimen de políticas neoliberal, se encuentra el surgimiento de un nuevo tipo ideal que desplazó al burócrata racional weberiano: el emprendedor. Lo que los políticos admiran y quieren ver en la cúspide del aparato estatal son enérgicos “grandes” hombres (rara vez mujeres), capaces de ser algo despiadados, firmes en “las consignas de misión” y en los objetivos, e impacientes con los detalles, a los que rechazan como la especialidad de los “veedores de dificultades” profesionales que nunca logran nada. Los funcionarios han sido gravemente desalentados en lo que hace a desempeñar su rol tradicional de identificar ideas impracticables. En cambio, se valora la disposición a cumplir cualquier “meta” que el gobierno quiera alcanzar, sin importar los obstáculos y los costos. La admiración de los políticos pareciera no verse disminuida por el hecho de que muchos hombres de negocios con actitud de “todo lo puedo” –puestos como modelos para que los funcionarios los emulen– eventualmente hayan fracasado con estrépito y/o terminado en la cárcel o caído en desgracia de algún otro modo, perdiendo (y algunas veces robando) en el camino los ahorros de miles de personas (tales son los casos de Gerald Ronson, Jim Slater,

Jonathan Aitken, Robert Maxwell, Asil Nadir, John Gunn, Richard Brewster, David S. Smith, John Ashcroft)³⁴.

El resultado de todo esto es una nueva actitud hacia la evidencia. Se toma en serio la evidencia necesaria para la formulación de políticas relacionadas con las fuerzas del mercado global; por ejemplo, la evidencia estadística sobre producción, comercio y finanzas. Pero otro es el asunto cuando se trata de la evidencia relativa a las políticas de ajuste sociocultural (a menos que, por supuesto, se trate de evidencia surgida de encuestas sobre lo que los votantes están pensando o sintiendo, lo cual se toma con la mayor seriedad). Se tiende a aceptar acríticamente la evidencia que parece respaldar las ideas con las que el gobierno está comprometido. Pero se tiende a descartar la evidencia contraria. En el entorno de Blair, el solo hecho de señalar la existencia de evidencia contraria puede llegar a ser considerado como una traición:

Los críticos de las asociaciones público-privadas, de los hospitales de las fundaciones y de los aranceles [universitarios] son señalados no como participantes en un debate razonable acerca de la orientación de las políticas, sino como reliquias de la época oscura del partido, locos izquierdistas que ponen en peligro el futuro del gobierno³⁵.

Fuera de Whitehall, señalar insistentemente la existencia de evidencia políticamente inconveniente conduce a la marginación profesional o incluso –si la inconveniencia es suficientemente grande– a la persecución. Un grupo de obedientes legisladores oficialistas, por ejemplo, se confabuló para abusar de sus privilegios parlamentarios y lanzar un calumnioso ataque contra el trabajo de la profesora Allyson Pollock, cuyos análisis del financiamiento privado en la construcción de hospitales habían logrado desacreditar ampliamente dicha política³⁶. Abundan otros ejemplos de persecución contra los críticos, especialmente –pero no sólo– por parte del poderoso vocero de Blair, Alastair Campbell³⁷.

Sin embargo, el hecho de que esto se haya convertido en algo más o menos normal presupone ciertas condiciones previas. Se destacan cuatro: el reemplazo de la cultura de las Comisiones Reales por la cultura de la “literatura gris”; la pérdida de independencia crítica por parte de la comunidad de investigadores académicos; la despolitización del electorado; y el regreso de las creencias irracionales a un lugar de respetabilidad.

Las Comisiones Reales supieron ser objeto de muchas burlas, puesto que se las veía como dispositivos para posponer indefinidamente la acción sobre asuntos controvertidos mediante la designación de un grupo de “notables” que meditaría, durante años y sin consecuencia alguna, sobre tales asuntos. Pero las Comisiones Reales no sólo invitaban a los mejores expertos para

producir evidencia, escrita y oral, sino que encargaban investigaciones; y todo esto era publicado en su totalidad, junto con los reportes finales de los comisionados. Sus recomendaciones podían languidecer sin ser implementadas, pero las investigaciones y las evidencias publicadas –públicamente interrogadas y públicamente ofrecidas– constituían un importante obstáculo para la instrumentación de políticas que desafiaran la mejor evidencia disponible. Sin embargo, en la actualidad, ninguna persona menor de 45 años ha conocido la cultura política de la cual las Comisiones Reales eran una parte significativa.

En el lugar de los productos de las Comisiones Reales hay “literatura gris”. La mayoría de las definiciones de literatura gris se centran en la idea de que se trata de una literatura que “es puesta a disposición del público en general por parte de organizaciones públicas y del sector privado cuya función primordial no es la de publicar”³⁸. Y mientras los gobiernos restringen el acceso incluso a estadísticas oficiales rutinarias, y las privatizaciones hacen que la actividad pública sea cada vez más “comercialmente confidencial”, la literatura gris ha adquirido una suerte de respetabilidad por defecto. Se le dedican publicaciones y conferencias. Sin embargo, lo que inquieta al investigador preocupado por la verdad es que organizaciones cuya función primordial no es la de publicar carezcan de un serio interés por la validez de lo que, de todos modos, publican. Mientras que un editor de no ficción, de una revista especializada o de un diario serio tiene que proteger la reputación de la verdad, muchas de las otras organizaciones –si no todas– no están necesariamente preocupadas por ello. Cualquiera que haya intentado usar literatura gris pronto descubre que no es posible fiarse de los datos y los juicios que no han sido previamente revisados por los pares, o testeados de algún otro modo en cuanto a su exactitud y confiabilidad. Pero la literatura gris es citada de forma creciente en apoyo a las políticas del gobierno.

A diferencia de lo que hubiera sido el caso hace veinticinco años, el uso de mala evidencia está actualmente menos sujeto a la crítica informada por parte de la comunidad científica. La corrupción de la investigación en las ciencias naturales a causa del financiamiento corporativo es un problema bien conocido, pero aún así la investigación científica es cada vez más dependiente del dinero de las corporaciones³⁹. Y, por un camino diferente, la ciencia social desarrollada en las universidades de Gran Bretaña se ha vuelto ahora más orientada hacia los valores e intereses del mercado. A diferencia de la ciencia social norteamericana, la ciencia social británica ha estado siempre financiada principalmente por el Estado. Bajo el régimen de políticas liberal-socialdemócrata, el financiamiento se distribuía a través de consejos de investigación dirigidos por científicos sociales que gozaban de una sustantiva independencia respecto del Estado. Los científicos sociales británicos

tampoco han sufrido presiones para adaptarse por parte de los vigilantes de derecha, quienes han reforzado la prevaleciente complacencia política de la ciencia social norteamericana⁴⁰. Los científicos sociales británicos podían ser “pro mercado”, pero para serlo no había obvios incentivos en sus carreras.

Sin embargo, esto comenzó a cambiar con Thatcher. El financiamiento general del gobierno a las universidades se estableció en función de las orientaciones del mercado. Cada carrera de grado ahora debía ser justificada en base a un “plan de negocios”, mostrando cómo el costo del personal necesario para la enseñanza sería cubierto con lo que se obtendría por medio de los ingresos de los estudiantes y del financiamiento a la investigación que era esperable que el personal docente consiguiera. Eventualmente, los departamentos que no alcanzaron un nivel mínimo de inscripciones estudiantiles fueron reducidos o cerrados.

El apoyo del gobierno a la investigación a través del “financiamiento primario” a las universidades también declinó (del 58,8% del total del financiamiento a la investigación en 1984 al 35,1% en 1997), y ahora se asignaba con criterios selectivos. A través de un periódico Ejercicio de Evaluación de la Investigación (RAE)*, implementado por primera vez en 1986, los departamentos cuyas producciones reciben altos puntajes gozan de un financiamiento notablemente superior al promedio hasta el siguiente RAE, mientras que los departamentos pobremente evaluados reciben dramáticamente menos, o nada en absoluto. La porción del financiamiento a la investigación representada por los trabajos encargados directamente por los departamentos del gobierno o por las empresas subió del 15 al 20,8% del total entre 1984 y 1997, mientras que la proporción procedente de los consejos de investigación financiados por el gobierno aumentó del 17,2 al 24,1%⁴¹.

En el caso del Consejo de Investigaciones Económicas y Sociales**, reorganizado bajo Thatcher en 1985, el grueso del financiamiento a la investigación se concentró, mucho más que antes, en temas considerados relevantes para la promoción de la competitividad económica nacional⁴². Algunos investigadores individuales aún podían conseguir pequeñas asignaciones para el trabajo crítico, pero era obvio el atractivo de conseguir cuantiosas sumas para los principales centros y programas de investigación aplicada (las asignaciones de varios millones de libras esterlinas por cinco años no son infrecuentes). Y así emergió una nueva generación de académicos bien financiados, quienes ejercen un padrinazgo considerable entre investigadores más jóvenes dispuestos a trabajar dentro del paradigma neoliberal.

* N. del T.: En inglés, Research Assessment Exercise.

** N. del T.: En inglés, Economic and Social Research Council.

El efecto combinado de todos estos cambios ha sido que la investigación encuadrada en el paradigma neoliberal sea muy bien recompensada y, por lo tanto, altamente valorada por los administradores de universidades; mientras que la efectiva crítica pública a las políticas del gobierno no es, para decirlo suavemente, fervorosamente alentada. En consecuencia, los temas de estudio elegidos, y las preguntas que se formulan, han sufrido un cambio significativo. La investigación ha crecido en cantidad, pero ha declinado su calidad analítica y crítica. Puede que esto sea cierto respecto de la ciencia política tanto como de otras disciplinas de las ciencias sociales, pero es especialmente obvio en el estudio de la política. La crítica de Roelof de la ciencia política norteamericana ahora le cabe, en gran medida, a su contraparte británica. Para tomar sólo un ejemplo:

Los científicos políticos [...] estudian los partidos y los grupos de interés; sin embargo, habitualmente se descuidan la creación y el financiamiento de estos últimos. Generalmente se ignora a las juntas directivas entrelazadas de los grupos de interés, las fundaciones y las corporaciones. Las asociaciones profesionales, las conferencias de funcionarios, los *think tanks* y las organizaciones integradoras como el Consejo de Investigación en Ciencias Sociales* o el Consejo Americano de Sociedades Científicas** rara vez son examinados en la investigación de ciencias políticas. Así, los índices de los libros de texto del gobierno norteamericano a veces incluyen a Ford, a Betty, y omiten a la Fundación Ford⁴³.

En Gran Bretaña, se ignoran estos mismos temas y tampoco se formulan estas preguntas. Por ejemplo, Denham y Garnett, los más destacados expertos académicos en *think tanks* en Gran Bretaña, no hacen ningún esfuerzo por analizar sus fuentes de financiamiento y el efecto que esto tiene sobre lo que los *think tanks* piensan y las conclusiones a las que llegan. Hay una despolitización general incluso en la investigación política⁴⁴. Los científicos sociales académicos que ofrecen informadas críticas públicas a las políticas del gobierno se han convertido en una especie en vías de extinción. Son mayores las recompensas por involucrarse en el tipo de práctica política visiblemente practicada por Tony Giddens, director de la Escuela de Economía de Londres (LSE)⁴⁵ y sumo sacerdote de la Tercera Vía (ubicada “en algún lugar entre la Parusía [el segundo advenimiento de Cristo] y la Cuarta Dimensión”)⁴⁵; o por John Gray, un profesor de teoría política europea en la

* N. del T.: En inglés, Social Science Research Council.

** N. del T.: En inglés, American Council of Learned Societies.

*** N. del T.: En inglés, London School of Economics.

LSE, alguna vez thatcherista, convertido ahora al misticismo oriental y a la causa por la liberación de los animales⁴⁶.

El hecho de que pocos científicos sociales sean seriamente críticos de las políticas públicas facilita la despolitización del electorado. Gran Bretaña no ha sufrido –todavía– una absorción intelectual como la que llevó a cabo la extrema derecha de Estados Unidos desde finales de los años sesenta, a costa de cientos de millones de dólares por año, por medio de la creación o captura de *think tanks*, revistas, diarios, editoriales, canales de televisión, estaciones de radio e incluso universidades enteras⁴⁷. Pero, desde hace tiempo, las tres cuartas partes de la circulación nacional de diarios en Gran Bretaña está en manos y bajo el control de los barones de la prensa de derecha, frecuentemente norteamericanos, y los titulares populares son propensos a una tendenciosidad extrema cuando no a las más abiertas mentiras⁴⁸. Y las concesiones que los sucesivos gobiernos de los dos principales partidos realizaron a favor de los intereses corporativos de la prensa han agrandado en forma sostenida el espacio para las emisoras privadas y han forzado a las emisoras de servicio público a competir por porciones de audiencia cada vez más fragmentadas⁴⁹. Las noticias y los temas de actualidad han sido recortados sin cesar a favor del entretenimiento. Los bizarramente mal llamados *reality shows*, que dominaron las programaciones a principios de la década de 2000, fueron un signo de los tiempos. El contexto crítico para un debate de políticas serio ha sido significativamente erosionado.

Y luego viene el renacimiento general de las creencias irracionales, graciosamente reseñadas por Francis Wheen en *How Mumbo-Jumbo* Conquered the World*. El canal televisivo estatal de servicio público, Channel 4, por ejemplo, puso al aire un programa sobre nutrición conducido por una “nutricionista clínica”, con guardapolvo blanco y todo; y continuó emitiéndolo aun cuando se reveló que sus credenciales carecían de valor (el vigilador de “mala ciencia” del *Guardian* logró comprar su certificado profesional por 60 libras esterlinas y a nombre de su gato muerto)⁵⁰. Y el encaprichamiento del gobierno con las empresas y los empresarios implicó que las efusiones de los gurús del mercado, insustanciales y llenas de *clichés*, fuesen tomadas en serio por los arquitectos de las “reformas” en los servicios públicos. Todo esto es suficientemente malo. Pero, ¿qué hay de la medicina “alternativa”, defendida por el heredero del trono y adoptada, en parte como un guiño al populismo, por algunos sectores del NHS? Los pandilleros del nuevo laborismo sin duda rechazarían por “elitista” el agudo comentario de Wheen de que “complementaria” y “alternativa” son esencialmente eufemismos de “falsa”⁵¹.

* N. del T.: En este contexto la expresión *mumbo-jumbo* alude al concepto de charlatanería, farsa. Por extensión, cómo la charlatanería, la farsa, conquistó el mundo.

Habitualmente se atribuye la deferencia de Blair hacia el *mumbo-jumbo* a la influencia de su esposa. Sin embargo, los autores que simpatizan con Cherie Blair dicen que él comparte sus chiflados intereses⁵². Si así fuera, esto ayudaría a explicar su negativa a condenar la enseñanza del creacionismo en una escuela secundaria estatal en Gateshead que fue capturada por los creacionistas. El primer ministro dijo: “Un sistema escolar más diverso arrojará mejores resultados para nuestros niños”⁵³. Las inclinaciones espirituales de los Blair quizás estén más a tono con el *zeitgeist** que el escepticismo de sus críticos, pero esto no deja de tener consecuencias en las políticas públicas. Así como Thatcher había simpatizado abiertamente con el Ayatollah que llamó a asesinar a Salman Rushdie por haber escrito *Los versos satánicos*, así también la ministra del Interior de Blair se rehusó a condenar la violencia de los fundamentalistas Sij, quienes a finales de 2004 lograron clausurar una obra de teatro en Birmingham que consideraban ofensiva, alegando que “ambos, el teatro y los manifestantes, tenían derecho a la libertad de expresión”⁵⁴. Al contrario, el gobierno propuso introducir legislación que convirtiera en crimen “la incitación al odio religioso”. No se propuso ninguna ley para criminalizar la supresión –por parte de las empresas farmacéuticas– de la evidencia que demostraba que un medicamento muy rentable era peligroso, o la invención de evidencia para obtener asentimiento parlamentario para iniciar una guerra.

La influencia de todos estos factores hace que sean notablemente pocos los comentarios adversos sobre la aguda decadencia que ha tenido lugar, desde 1980, en la calidad de los documentos de políticas del gobierno, cuyo nivel de argumentación y uso de evidencia es, con demasiada frecuencia, inversamente proporcional a la calidad de su presentación (al estilo de los informes corporativos, vienen complementados con resúmenes ejecutivos y ostentosos gráficos). Tales documentos están diseñados para parecer intencionados, racionales y fundados en principios. En realidad, lo que continuamente revelan es la subordinación de las políticas a lo que se concibe como imperativos del mercado, aunque se la presenta como una suerte de equilibrio entre los principios y el pragmatismo, la tradición y la innovación. La disección que Stefan Collini realizó del documento titulado *The Future of Higher Education*, elaborado por el gobierno laborista en 2003, podría aplicarse también a una inquietante alta proporción de esta clase de escritos. Collini comienza con una cita tomada de la introducción del documento:

Vemos un sector de educación superior que satisface las necesidades de la economía en términos de gente entrenada, investigación y transferen-

* N. del T.: En alemán en el original. En español, el espíritu de los tiempos.

cia tecnológica. Al mismo tiempo, necesita capacitar a todos los individuos debidamente calificados para que desarrollen su potencial intelectual y personal, y proveer el necesario acervo de destrezas en ciencia y tecnología, y las artes y las humanidades que definen nuestra civilización y cultura.

Collini comenta:

Apenas sorprende que en Gran Bretaña las universidades estén desmoralizadas. Incluso aquellas declaraciones claramente concebidas como afirmaciones optimistas sobre su importancia tienen la propiedad de hacernos sentir levemente descompuestos. No se trata simplemente del hecho de que ninguna institución podría alcanzar exitosamente todos los objetivos amontonados en este desagraciado párrafo [...] Se trata también de pensar en esa oficina de Whitehall donde se ensamblan estos *collages*. A medida que van llegando los hallazgos de la última encuesta de *focus groups*, un funcionario recorta todas las cosas que obtuvieron puntaje positivo y las pega en línea recta. Cuando, de esta manera, ha acumulado una cantidad respetable, él/ella pone un punto final y llama a esto una frase.

Hay dos frases en aquel párrafo. La primera, suficientemente clara aunque sin nada de belleza, dice que el principal objetivo de las universidades es producir gente e ideas capaces de generar dinero. La segunda, que no es ni clara ni bella, dice que hay muchos otros temas que tradicionalmente se mencionan en relación con todo esto, y que también son cosas buenas, a su manera, y que el funcionario que utiliza el frasco de cola ha venido teniendo un día muy ocupado, y que hemos perdido el rastro del sujeto del verbo en la última línea, y que puede ser hora de poner otro punto y aparte⁵⁵.

El conflicto no resuelto —a nivel discursivo— entre los objetivos de mercado y de no-mercado, la interpenetración de las metas electorales y las cuestiones de interés público, la pérdida del respeto por (o de un serio interés en) la investigación y la evidencia, la decadencia de las habilidades analíticas y la apoteosis del emprendedor se combinan para producir razonamientos defectuosos y promesas exageradas. El argumento cuidadoso y la presentación de evidencia ceden su lugar a los “valores”, “las consignas de misión” y los “objetivos”⁵⁶.

En EUA, el corazón del imperio, la indiferencia hacia la evidencia ha recibido una base lógica imperial explícita. En 2002, uno de los “asesores superiores” de Bush le dijo a Ron Suskind:

Tipos como yo estábamos “en lo que nosotros llamamos la comunidad basada en la realidad”, que él definía como gente “que cree que las soluciones emergen de su juicioso estudio de la realidad discernible [...] El mundo ya no funciona realmente de este modo”, continuaba. “Ahora somos un imperio, y cuando actuamos creamos nuestra propia realidad [...] Somos actores de la historia [...] y ustedes, todos ustedes, quedarán sólo para estudiar lo que nosotros hacemos”⁵⁷.

Esta clase de retórica lumpen-hegeliana va quizás demasiado lejos para la mayoría de los *apparatchiks* de un poder subimperial como Gran Bretaña⁵⁸. Pero es el principio en el que se basan muchas de las políticas.

CONCLUSIÓN: LA DEPENDENCIA DE NUESTRO TIEMPO

Nada de lo que aquí se describe puede resultar poco familiar para alguien que vive en el “Sur”, donde las políticas nacionales siempre han sido, en buena medida, impulsadas por fuerzas de mercado externas respaldadas por el poderío político y militar extranjero. Podría decirse que la “dependencia” ahora afecta a todos los países, excepto a EUA. Por supuesto que hay grandes diferencias de grado, pero incluso el régimen de políticas de un Estado posindustrial como Gran Bretaña ya no es radicalmente diferente al de una “república bananera”, como la mayoría de los británicos imagina. La instalación de consultores de gerenciamiento en puestos clave para la formulación de políticas no difiere en absoluto de la colocación de funcionarios del Banco Mundial en los ministerios de un Estado africano. Los ajustes estructurales están en marcha en ambos lugares.

Gracias a Thatcher y Blair, Gran Bretaña ha avanzado por esta senda más lejos y más resueltamente que cualquier otro país de Europa occidental, y, puesto que el cambio cultural va a la zaga del cambio material, la brecha entre la realidad y la retórica oficial puede ser mayor que en otros sitios. Tal vez, las heredadas ideas e ilusiones sobre la soberanía, la democracia y el interés público enfrentan a la nueva realidad de las fuerzas de mercado globales y el poder corporativo más crudamente aquí que en cualquier otro país que le sea comparable⁵⁹. Pero, en la actualidad, todos los países deben transitar más o menos el mismo camino, y por la misma razón: la formulación de políticas debe hacer siempre el intento de ocultar el hecho básico de que las políticas económicas y sociales ahora tienen que ajustarse a los términos del capital. Esto es algo que a los votantes no les gusta oír, y las políticas que demanda el capital a menudo son electoralmente desagradables. Así, en la medida de lo posible y cada vez más, estas políticas son diseñadas en secreto y sus probables efectos son ocultados.

El desmantelamiento de la función pública superior heredado de las pos-trimerías del siglo XIX corresponde al hecho de que la racionalidad del mercado reemplazó la racionalidad instrumental de la burocracia. En estos términos, cobran sentido la predilección por los emprendedores que están concentrados en que “las cosas se hagan” –ya sean hombres de negocios reales transferidos desde el sector privado o funcionarios con personalidad y visión de emprendedores– y la impaciencia con los burócratas que (“asegurando que todos los puntos de vista sean considerados” y, sin duda, con un a veces irritante toque de “nobleza obliga”) están profesionalmente preocupados por las más amplias implicaciones de las políticas⁶⁰. El Estado no sólo se torna más y más sensible al capital, sino que también se integra a él cada vez más íntimamente. Y los riesgos que todo esto acarrea no recaen sobre los nuevos emprendedores del Estado –como tampoco lo hacen sobre el mundo corporativo actual–, sino sobre el público.

NOTAS

Le estoy muy agradecido a Barbara Harriss-White por sus amplios y creativos comentarios a un borrador previo de este ensayo.

- 1 La declaración de Blair ante el Parlamento se basó, sin duda, en lo que sus funcionarios superiores le habían informado, de modo que puede haber dicho mentiras sin proponérselo; pero uno de los aspectos notables de todo este asunto fue el modo en que la responsabilidad, que supuestamente debe recaer sobre los hombros de los ministros y en no menor medida sobre los del primer ministro, fue constantemente endilgada a otros funcionarios, que también quedaron impunes.
- 2 “Maquillado” [*sexed up*] fue la expresión que, según se alegó, utilizó David Kelly, la fuente del informe de Gilligan. La expresión preferida por la oficina del primer ministro y por Scarlett fue “cambios en la presentación” [*presentational changes*].
- 3 “Never Mind the Truth”, *Guardian*, 21 de marzo de 2005.
- 4 Richard G.A. Feachem, N.K. Sekhri y K.L. White, “Getting More For Their Dollar: A Comparison of the NHS with California’s Kaiser Permanente”, *BMJ*, Vol. 324, 2002, pp. 135-143. Las críticas pueden verse en “Rapid Responses”, en el sitio web del *BMJ*, <www.bmj.com>. Una selección de las mismas fue posteriormente publicada en *BMJ*, Vol. 324, 2002, pp. 1332-135.
- 5 Los autores del artículo sobre Kaiser se rehusaron a responder las críticas, y el *BMJ* se negó a publicar una crítica sistemática. Siguen siendo oscuras las razones de esta última decisión; pareciera reflejar la creciente

- tendencia del establishment médico a hacer las paces con la determinación gubernamental de imponer un sistema de mercado en el NHS.
- 6 *Guardian*, 4 de febrero de 2005. “Zar” fue el nombre popular para aludir a los individuos nombrados para supervisar el logro de las metas del gobierno en la atención primaria, la atención del cáncer, el abuso de drogas, etcétera.
 - 7 Las expresiones citadas están tomadas del famoso informe Northcote-Trevelyan, adoptado por el primer ministro Gladstone y finalmente implementado en toda la función pública a finales del siglo XIX.
 - 8 David Marquand, *Decline of the Public: The Hollowing out of Citizenship*, Cambridge: Polity Press, 2004, pp. 53-54.
 - 9 Thomas Balogh, “The Apotheosis of the Dilettante”, en Hugh Thomas, ed., *The Establishment*, Londres: Anthony Blond, 1959.
 - 10 Citado en Andrew Gamble, *Britain in Decline*, cuarta edición, Londres: Macmillan, 1994, p. 99.
 - 11 “The Origins of the Administrative Elite”, *New Left Review*, Vol. 162, 1987, p. 34.
 - 12 Esta sección se basa en el capítulo 3 de mi *Market Driven Politics: Neoliberal Democracy and the Public Interest*, Londres: Verso, 2000.
 - 13 Ver Leo Panitch y Colin Leys, *The End of Parliamentary Socialism*, segunda edición, Londres: Verso, 2001, capítulos 10 y 13.
 - 14 Jim Prior, *A Balance of Power*, citado en Peter Hennessy, *Whitehall*, Londres: Fontana, 1990, pp. 633-634.
 - 15 Marquand, *Decline*, pp. 109-110. Un ejemplo de servilismo francamente vergonzante puede encontrarse en el discurso que brindó, el 10 de septiembre de 2003, Sir John Bourn, Controlador y Auditor General, ante el Foro de Asociaciones Público-Privadas (PPP, por sus siglas en inglés), el cual representa al nuevo sector empresario que surgió al conjuro del financiamiento privado de los servicios públicos. Nominalmente, Bourn estaba empleado por el Parlamento para controlar el gasto público, pero sus palabras sonaban exactamente como las de alguien que deseaba un puesto en alguna de las empresas involucradas.
 - 16 Hennessy, *Whitehall*, p. 633, citando a un anónimo funcionario superior.
 - 17 *Guardian*, 24 de marzo de 2004.
 - 18 *Guardian*, 3 de febrero de 2005.
 - 19 El gobierno adoptó el informe de minoría que emitieron los dos miembros pro mercado de la Comisión Sutherland sobre Atención a los Ancianos, nombrada en 1997, y rechazó por completo tratar las recomendaciones de compromiso de la Comisión Wakeham sobre la reforma de la Cámara de los Lores, designada en 1999.

- 20 Cuarenta y siete importantes investigaciones departamentales fueron impulsadas en los años setenta, 24 en los ochenta y 13 en los noventa (David Butler y Gareth Butler, *Twentieth-Century British Political Facts 1900-2000*, Basingstoke: Macmillan, 2000).
- 21 A mediados de los noventa, la Rand Corporation empleaba a 950 personas y tenía un presupuesto de entre 50 y 100 millones de dólares, y otros cuatro *think tanks* tenían presupuestos de más de 10 millones. El *think tank* británico más grande, el Policy Studies Institute, con 54 personas y un ingreso anual de 6,5 millones de dólares hacia finales de 1990, representaba la mitad del tamaño del quinto *think tank* norteamericano, Heritage Foundation (ver Andrew Denham y Mark Garnett, *British Think Tanks and the Climate of Opinion*, Londres: University College London Press, 1988, p. 5).
- 22 *Ibíd.*, p. 244.
- 23 *Ibíd.*
- 24 “Think Tanks? No Thanks”, *Guardian*, 18 de julio de 2002. Birt era un ex director general de la BBC que fue incorporado a la oficina del primer ministro para desarrollar “ideas innovadoras”, en principio –según parece– sobre transporte, un campo en el que no tenía ningún conocimiento especializado.
- 25 Richard Cockett, *Thinking the Unthinkable: Think Tanks and the Economic Counter-Revolution, 1931-1983*, Londres: HarperCollins, 1995. Ver también Radhika Desai, “Second-Hand Dealers in Ideas: Think-Tanks and Thatcherite Hegemony”, *New Left Review*, I/203, 1994.
- 26 Bennett, “Think Tanks?”.
- 27 Ver Stephen Court, “Think or Sink”, *Public Finance*, 11 de octubre de 2002.
- 28 *1 Out of 10*, Londres: Vintage, 2005, p. 71.
- 29 Denham y Garnett, “A ‘Hollowed Out’ Tradition? British Think Tanks in the Twenty-First Century”, en Diane Stone y Mark Garnett, eds., *Think Tank Traditions: Policy Research and the Politics of Ideas*, Manchester: Manchester University Press, 2004, pp. 232-246.
- 30 Sobre la designación de Adonis como ministro no electo, Francis Beckett hizo un catálogo de la larga serie de políticas educativas desastrosas de las cuales aquel había sido personalmente responsable. Ver “The Rise of Tony Zoffis”, *Guardian*, 11 de mayo de 2005.
- 31 Esto ha sido documentado, para los años posteriores a la Guerra Fría, por la Campaña Británica contra el Comercio de Armas, en *Who Calls the Shots? How Government-Corporate Collusion Drives Arms Exports*, Londres, febrero de 2005.

- 32 Peter Osborne sostiene que el punto de inflexión crítico en la erosión de la frontera entre el Estado y el sector privado se produjo con el nombramiento de Sir Andrew Turnbull como secretario de Gabinete en 2002. Según Osborne, el predecesor de Turnbull había luchado arduamente para conseguir la aprobación de una Ley de la Función Pública, que demarcaría dicha frontera. “Una de las primeras acciones de Turnbull como secretario de Gabinete consistió en hacer saber que él no creía que fuese necesaria la Ley de la Función Pública y, por lo tanto, tampoco las protecciones que tal ley habría consolidado” (*The Rise of Political Lying*, Londres: The Free Press, 2005, p. 189).
- 33 Algunos ejemplos de los efectos de este conflicto de intereses pueden verse en Allyson Pollock, *NHS plc: The Privatization of Our Healthcare*, Londres: Verso, 2004, pp. 4-9.
- 34 Esta lista está tomada de Francis Wheen, *How Mumbo-Jumbo Conquered the World*, Londres: Harper Perennial, 2004, pp. 59-62, y se refiere únicamente a los ídolos empresarios caídos en Gran Bretaña. Sería mucho más extensa una lista de ídolos empresarios caídos en EUA, tales como Kenneth Lay, Jeff Skilling y Andrew Fastow, de Enron, o Bernie Ebbers, de WorldCom.
- 35 Anne Perkins, “Regime Change or Climate Change, Tony?”, *New Statesman*, 29 de septiembre de 2003. Los hospitales de fundaciones –que liberaron a los hospitales públicos del país del control del gobierno central y los pusieron a competir (o colaborar) con los privados– fueron el preludio a la introducción de un mercado de atención de la salud. Otra idea guiada por el mercado, profundamente impopular al interior del partido gobernante, fue la introducción de los denominados aranceles completos [*top-up fees*] para los estudiantes universitarios.
- 36 El relato de Pollock sobre este asunto puede verse en *NHS plc*, pp. 209-213.
- 37 Ver Peter Osborne y Simon Walters, *Alastair Campbell*, Londres: Aurum Press, 2004.
- 38 Michael Quinion, “‘Grey Literature’ in World Wide Words”, en <<http://www.worldwidewords.org>>.
- 39 Una discusión sobre la captura de la investigación científica universitaria en Gran Bretaña por parte de las corporaciones puede verse en George Monbiot, *Captive State*, Basingstoke: Macmillan, 2000, capítulo 9.
- 40 Hay recurrentes ejemplos a lo largo de la historia de la ciencia social norteamericana, y no sólo en la era McCarthy. Dos casos recientes parecieran ser el resultado de los esfuerzos de organizaciones proisraelíes por deshacerse de profesores considerados propalestinos: Joseph Massad, en Columbia University, y Tariq Ramadan, un profesor suizo a quien le fue denegada la visa para dictar clases en Notre Dame. Es más típico el caso

- del antropólogo David Graeber, a quien en 2005 “dejaron ir” de Yale por razones políticas.
- 41 Ted Tapper y Brian Salter, “The Politics of Governance in Higher Education: The Case of the Research Assessment Exercise”, *OxCHEPS Occasional Paper N° 6*, Oxford Centre for Higher Education Policy Studies, Oxford, mayo de 2002, p. 29. Estos autores comentan que “en la era del capital global [...] el mercado se está transformando en un actor cada vez más significativo y las universidades [...] tendrán que determinar qué estructuras de gobierno necesitan para controlar su intervención” (p. 30). Sin embargo, en su opinión, será el gobierno quien determine todos los desarrollos adicionales en el rol que cumplen las universidades en el campo de la investigación.
- 42 En el período 2001-2002, el Consejo tenía siete temas prioritarios para los centros y programas que recibían el mayor financiamiento, equivalentes al 63% de sus fondos para proyectos de investigación específicos. Estos temas eran: desempeño económico y desarrollo; estabilidad social y exclusión; trabajo y organización; conocimiento, comunicación y aprendizaje; gobernanza y ciudadanía; medio ambiente y comportamiento humano (Economic and Social Research Council, *Annual Report 2001-2002*).
- 43 Joan Roelofs, *Foundations and Public Policy*, Albany, NY: State University of New York Press, 2003, p. 32.
- 44 Recientemente, este asunto fue puesto a consideración de algunos estudiantes de posgrado norteamericanos. Se sintieron muy intrigados. Dijeron que cosas como estas eran las que provocaban entusiasmo cuando uno no estaba “haciendo ciencia política”. En sus propios trabajos, ellos estaban utilizando un “análisis del accionista orientado a los actores”, y se mostraban muy en guardia contra las “teorías conspirativas de izquierda”.
- 45 Wheen, *Mumbo-Jumbo*, pp. 224-225.
- 46 Antes de ser thatcherista, Gray fue socialista; y entre su fase thatcherista y la de liberacionismo animal fue un conservador tradicional. Su sitio de Internet anuncia que está disponible para consultorías de largo plazo.
- 47 Para un brillante resumen sobre este asunto ver Lewis Lapham, “Tentacles of Rage: The Republican Propaganda Mill, A Brief History”, en *Harper's Magazine*, septiembre de 2004, pp. 31-41.
- 48 En el suplemento semanal sobre medios del *Guardian*, Roy Greenslade registra periódicamente los burdos inventos de los tabloides británicos.
- 49 Ver Leys, *Market Driven Politics*, capítulo 5.
- 50 “No necesitas ser humano; ni siquiera necesitas estar vivo. No hay examen, ni control de tus calificaciones, ni evaluación de tu práctica” (Ben

- Goldacre, narrando cómo su gata muerta, Henrietta, se convirtió en miembro certificado de la Asociación Norteamericana de Consultores Nutricionales, en *Guardian Life*, 19 de agosto de 2004).
- 51 Nick Cohen, *Pretty Straight Guys*, Londres: Faber and Faber, 2003, p. 28. “Los escépticos eran elitistas porque se negaban a compartir el auténtico júbilo de la gente por la elección de Tony Blair o el pesar por la muerte de la princesa Diana. Los críticos de las empresas eran elitistas porque presumían saber más que cientos de millones de consumidores [...] Los entendidos en algún tema [...] eran elitistas porque sabían más que los ignorantes”.
- 52 Francis Beckett y David Hencke, *The Blairs and Their Court*, Londres: Aurum Press, 2004, pp. 278-279.
- 53 Respuesta parlamentaria al legislador Jenny Tonge, citada en Wheen, *Mumbo-Jumbo*, p. 114.
- 54 Lee Glendinning, *Guardian*, 27 de diciembre 2004. No se conocen las opiniones personales de la ministra en cuestión, Fiona MacTaggart. Sus comentarios sonaron como una cobarde capitulación ante la violencia –y las amenazas realizadas contra la dramaturga, ella misma Sij, y su familia–, en un esfuerzo por retener el voto Sij.
- 55 “HiEdBiz”, *London Review of Books*, 25(21), 6 de noviembre de 2003.
- 56 El desafortunado Servicio de Prisiones Británico, privatizado por los conservadores como una “agencia ejecutiva” y liberado –en teoría– del control cotidiano del Ministerio del Interior, se ufana de tener “una Declaración de Propósitos, una Visión, cinco Valores, seis Objetivos, siete Prioridades Estratégicas y ocho Indicadores Clave de Desempeño” (Wheen, *Mumbo-Jumbo*, pp. 56-57).
- 57 “Without a Doubt”, *New York Times*, 17 de octubre de 2004. Compárese con la *Filosofía del Derecho* de Hegel: “Cuando la filosofía pinta con sus tonos grises ya ha envejecido una figura de la vida [...] El búho de Minerva recién alza su vuelo en el ocaso” [Versión en español tomada de Hegel, G.W.F., *Principios de la Filosofía del Derecho*, traducción de Juan Luis Vermal, Buenos Aires: Sudamericana, 2004, p.20].
- 58 Pero Peter Mandelson, mano derecha de Blair, es citado diciendo: “nuestro trabajo es crear la verdad” (Osborne, *The Rise of Political Lying*, p. 3).
- 59 Un factor coyuntural de cierta importancia en el caso británico fue la determinación de Blair, Brown y Mandelson de “superar en propaganda” a la prensa de derecha que había frustrado los esfuerzos del ex líder del partido, Neil Kinnock, para que el laborismo regresara al poder en 1992. Aunque Osborne (en *The Rise of Political Lying*) es un testigo hostil, es difícil disputarle la opinión de que lo que comenzó como

una comprensible reacción ante la victimización acabó como “las útiles mentiras de la clase dominante”.

- 60 Barbara Harriss-White sugiere que “quizás la nueva mentalidad emprendedora sea una transferencia al Estado de una institución social desarrollada para la muy diferente ‘dotación de factores’ de las empresas, donde la conducta emprendedora es recompensada con rentas monopólicas; ¿o es tal vez una máscara usada cínicamente por ambos, el capital y el Estado, porque la ‘renta’ es la consolidación de un sistema totalizador?” (comunicación personal).

